

MEJOR ASÍ

Para Garbiñe y Marcial

Por supuesto
que hay un montón de cosas
que no te he dicho todavía.
Qué esperabas.
Si te lo dijese todo de golpe,
en un ataque freudiano de sinceridad,
no sólo no me creerías nada
sino que además empezarías a mirarme
como a un tipo
seriamente peligroso.
Mejor así. Mejor
que sigas pensando
que tengo mucha vida interior
y que te aguardan
momentos irrepetibles.

LA FÓRMULA

Para Iñigo Peciña Begiristain

Hay que estar preparados para lo peor
y disfrutar de lo bueno. Esa es
la fórmula. Saber que nada es duradero;
que la palabra siempre es engañosa,
falsa, equívoca; que lo que hoy nos une
eternamente, mañana será polvo, odio
quizás, historia de la mala; que la vida
se venga en la felicidad. Saber que será
así, o podrá serlo. Y vivir como si el tiempo
nos debiese algo, como si fuese nuestro,
exigiéndole al contado lo que nos pertenece.

LO PEOR, LO MÁS TRISTE

No sé si soy
feliz,
si verdaderamente
lo he sido
alguna vez;
aunque creo que no.
Y a ti te ocurre
otro tanto,
me consta.
Pero no es esto
lo peor.
Lo peor del caso,
lo más triste,
es que ya
ni siquiera
nos importa.

LO DEMÁS SON HISTORIAS

Para los Legorburu Arzamendi

Mi mujer y mi hija,
estas paredes y estos libros,
un puñado de amigos
que me quieren
—y a los que quiero de verdad—,
las olas del cantábrico
en septiembre,
tres bares, cuatro
con el garito de la playa.
Aunque sé que me dejo
algunas cosas, puedo decir
que, de ser algo, ésa es mi patria.
Lo demás son historias.

POBRES DIABLOS

Para Harkaitz Cano

Aunque nos cueste admitirlo
cómo nos alegra
comprobar
que aquel viejo colega
—al que no habíamos visto
desde vete a saber cuándo—
tampoco ha llegado
a ningún sitio,

que en el fondo no es más
que un pobre diablo,
como nosotros,

y que el cabrón de él
se alegra de lo mismo.

LOS SUEÑOS

Lo fueron todo
y ya los ves
ahora,

abatidos por los días
iguales,
como pasquines en los charcos.

Vivir
se reduce
a esquivarlos.

LOS PARAGUAS, LOS TAXIS

Para Xabier Etxart

Acabo de tirarlo,
35 minutos bajo la tormenta
–esperando un maldito
taxi–
han podido con él.

Pero cómo se ha portado.

Ésa es la diferencia:
los taxis son como ciertos amigos,
nunca están cuando más los necesitas.

Los paraguas, en cambio, mueren por ti.

OCTUBRE

Los días pasan
–como el cartero frente a mi buzón–
de largo
 y se inmolan
allí
sobre el mar
con mucho aparato de color
en un último intento
de resultar
interesantes.

UNA FOTO

A la salida del cine,
en la acera,
cogidos del brazo,
un hombre y una mujer
miran a la cámara
y sonríen.

Él lleva
gabardina y el pelo para atrás,
pegado al cráneo;
ella, guapísima, un abrigo
largo, oscuro, de satén.

Son mis padres;
y parecen felices.

Yo llegué después.

LO QUE HAY

Me estoy haciendo viejo,
he ahí un hecho
incuestionable,
una verdad absoluta
de la que se desprenden
circunstancias varias,
todas ellas adversas para mí.

Por ejemplo:

ya no puedo ir *a ninguna parte*
y decir que quiero llegar rápido,
ahora ya sé a dónde voy,
el tiempo no es un concepto abstracto
del que me pueda reír,
está aquí siempre, a mi lado,
como ese conocido incómodo
al que nos es imposible despistar.
La vida se lo va tragando todo,
la muerte se frota las manos,
y en el cielo, qué te voy a contar,
hace siglos que se acabaron las localidades.

En fin, para qué más.

Sin esperanza pero con
veinte euros,
me encamino hacia el próximo bar.

SOLA

A cada rato
se le acerca
algún espíritu perdido
de la noche
y le susurra algo.

Pero ella ni se inmuta,
sólo fuma y espera, la ginebra
hará su trabajo:

 pronto
será verano otra vez, sonará
aquella música, él
la sacará a bailar.

LA SOLEDAD ES ESO

La calle
tras la última sesión;
veinte llamadas
perdidas
sin respuesta;
otras tantas cervezas;
en el frío gélido del amanecer,
un tipo
atravesando un parking
hacia su coche...

La soledad es eso,
ahora lo sé:
lo que hay
antes y después de tu nombre.

LA CALLE

Para Antonio Ventura

He recorrido esta ciudad
de punta a punta
casi todos los días
durante más de treinta años.
Abriéndome paso a codazos
en las vísperas de fiesta,
o a través de las madrugadas
fantasmagóricas
de los días laborables de invierno,
o solo y borracho y mojado
hasta los cuernos,
o en compañías que mejor ni recordar.
Estas calles no guardan secretos para mí.
Conozco sus plazas, sus antros,
sus mujeres, el brillo
de una navaja al doblar una esquina,
el calor de una mirada
desde el fondo de un bar.
Hubo un tiempo en que el cielo
se miraba en ellas.
Yo formé parte de aquello.
Eso ya nadie me lo puede arrebatarse.

VUELVE A INTENTAR LO

Para Alberto Moyano

Esas mañanas de domingo,
en invierno,
a primera hora:

las calles recién regadas,
el aire fresco,
limpio,
el olor a cruasán de las cafeterías,
la locura
de los pájaros...

 Como si la vida
te dijese:
 mira, aquí me tienes,
vuelve a intentarlo.

COMO UN RASGUÑO EN EL ALMA

Un simple
comentario
a destiempo,
sin ninguna
intención.

Pero tuvo
que ser ése,
entre todos
los posibles.

Y la vida pasa...

Y no prescribe.

EL RO MANTICISMO

Dice que le regalé una estrella,
dice que fue en el puerto,
una noche de domingo,
cuando empezábamos a salir.
Yo no recuerdo nada, la verdad,
hace media vida de eso. Pero
vete tú a saber. Bien mirado, puede
que hasta sea cierto: veinte años,
tonto perdido de amor,
y sin un duro en el bolsillo...
Qué otra cosa les vas a regalar.

A VECES SUCEDE

Me senté
en la terraza.
El silencio
era absoluto.
Veía encenderse
y apagarse
las luces interiores
de las casas.
Un viento suave,
húmedo,
me acariciaba
el rostro...
Es el mundo
-me dije-,
y es un lugar
maravilloso.

LAS CIUDADES

Me gustan las ciudades, sus plazas,
sus calles, sus esquinas,
sentarme en la terraza de un bar
con un café delante
y dejar que pase el tiempo,
sin hacer nada, sin prisa,
observando esto y aquello,
y luego ir a alguna librería y revolver
un poco en los estantes,
y si hay río cruzar el puente
y repetir la misma operación al otro lado.
Me gusta estar solo entre la gente,
no ser nadie, no tener que ir a ningún sitio
pero poder ir a todos.
Me gusta la primera vez que me asomo
al espejo del baño del hotel,
ese momento de suspense,
recién llegado, cuando
no sabes si va a aparecer tu rostro
o el del último huésped, atrapado aún
en la memoria del azogue.
Me gustan los parques y los ríos
urbanos, pasear por ellos, a su lado,
especialmente en otoño.
Me gustan las ciudades, sí: andar,
mirar, vivir, enamorarme
de esa mujer del vestido rojo...

EL PASADO

Ahora
que he dejado
el alcohol,

no veas
el cuidado
que tengo que tener
con los camareros
de mi barrio,

en cuanto se toman
dos tragos,
me cuentan mi vida.

ESTA VEZ SÍ

Ni el más leve atisbo
de emoción en sus ojos,
esta tarde, al cruzarnos.

Me ha mirado
como te mira una pared vacía
donde no queda
nada, ni la sombra
de la huella de un cuadro.

Se ha perdido entre la gente...

Esta vez sí, para siempre.

Un día bueno

No somos más
que el tiempo que nos queda
caminando hacia el olvido
que seremos.

Es duro, pero es así.

El resto, literatura.

Lo mejor
es no pensarlo mucho:
seguir andando,
tomar cafés, enamorarse,
ver la lluvia...

CENIZAS AVENTADAS

Vamos acumulando años
y ceniza,
la de los entusiasmos apagados.

Con ella,
con la ceniza, creamos
esa ilusión que llamamos experiencia,
y que solo nos sirve,
en ocasiones,
para disimular apenas
tanta nostalgia de la vida.

Y luego, un día
llega el viento y nos dispersa,
borrándonos.

INGENUO

Creí que, como el mar
una noche de verano, tu sonrisa
me invitaba a sumergirme
(únicamente
a mí)
en tus aguas
profundas.

Pero salió la luna
y vi la playa llena
de exhaustos nadadores.

POR EL MÓDICO PRECIO DE UN CAFÉ

Qué rato
más agradable
he pasado esta mañana
frente al mar
en calma
solo
 escuchando
viejas canciones de amor
y recordando a antiguas novias
que me dejaron
por otros

y ahora son
muy infelices.

UNA MAÑANA DE MIÉRCOLES

Hace una mañana gris,
opaca, triste. Estoy
en un bar, con un café, sentado
junto al cristal que da a la calle.
La música –suave, lejana, indiscernible–,
acompaña sin pedirte nada
a cambio, ni siquiera que las escuches.
Cae una llovizna suave
–y un poco torcida– que hace
que algunos de los viandantes
no se la tomen muy en serio
y se resistan a abrir el paraguas.
Aquí dentro sólo estamos el camarero y yo,
y ahora mismo esto es lo más cercano
a un pequeño paraíso en la tierra.
Me siento casi como en el camarote
de un tren. Si lo fuera,
yo tendría un billete
hasta la última estación.

37° A LA SOMBRA

Para Ana L.

Ahora mismo
me gustaría estar
en alguna gélida ciudad del norte,

concretamente,
en uno de esos bares
que suele haber siempre
en las plazas
de esas ciudades,
viendo ir y venir a la gente
aterida bajo los paraguas,

contigo, haciendo planes
para irnos en verano a algún lugar
al sol.